

La Colmena *Pliego de poesía*

ELIANNE SANTIAGO

PAVESAS



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Número 59, julio-septiembre, 2008.

*Para Cristián, la razón inconsciente de todas mis búsquedas anteriores,
la consciente motivación de todas mis búsquedas futuras...*

Ausencias

I

En tu mirada
un sueño nostálgico de aves
abriga el verde de los tiempos
siempre en mudanza.

Partir es tu Destino;
tu nombre, un eco al viento
que no consigo completar:
una estampida de amaneceres urge tus pasos,
y breve en mis manos el deseo marchita.

II

No se ama al viento —me digo—
sin destrozarse el alma en la contienda,
porque en su huida no ha de volver los pasos
y su olvido traiciona a las palabras.

No se puede despedir al viento —insisto—
porque su condición todo lo recuerda,
la cicatriz imposible de su abrazo
en la memoria persistente se desangra.

III

Castigo éste de añorar tu rastro de nube,
tu tacto de huracán sobre mi cuerpo
quebrado después de la tormenta.

Hombre vendaval, de nadie eres ni serás,
sólo en tu aliento te consumes,
te perteneces cuanto más lejano.

Y he apostado mi vida por tu ausencia,
espejo vacío donde evoco sin reproche
tu caricia de lumbre en mi rostro.

Lilith

Mi abrazo de niebla ante el desfiladero es tuyo,
mi beso de sal que todo marchita,
mis ojos noche de cuervos hambrientos;
estas palabras palpitantes aún
al presentir la aguja de la memoria,
esa tejedora maldita
destinada a no parar de zurcir ceniza:
Fénix estéril de la carroña.

Toda de tu piel soy,
como la llaga florecida en tu aquiles,
como el diezmo del avaro,
y te duelo cada que me nombras
porque una a una las sílabas espinan tu lengua,
la desangran
para liberar el demonio que me torna visible.

Y en el amor está tu condena,
la estocada última;
pero me invocas como el náufrago sacia su sed,
y yo no sé sino amar,
amar con mis fauces de luna,
mi néctar serpentino,
mi pezuña felina
sobre el ave de infeliz belleza.

Y eres infeliz
y eres bello
y te amo.

Cosmópodo

El loco de ojos vidriosos ama las piedras
y las palomas que nunca han sido tantas
y los pensamientos que han sido muchos.

ALFONSO KIJADURÍAS

Sólo el loco sabe amar
la voz del pensamiento
con la furia del recluso,
del suicida, del mendigo.

En su misticismo con la mosca
todas las doctrinas son por su hedor
adoración del insecto,
y él lo sabe:
comprende el lenguaje del tiempo,
la porción de ceniza que somos;
pero no se duele,
ama su muerte, su hambre, su enfermedad,
la costra que lo cura de ser "bello".

Ha burlado el miedo al abismo,
haciendo de sí una caída sucesiva
donde sus palabras sobrevuelan
en violenta sinfonía de aves delirantes
el cadáver que somos.

El loco lo sabe, lo sabe,
una carcajada lo delata,
el brillo extático de sus pupilas,
el desdén de su gesto,

la gutural ternura de su voz:
es el amado, el Elegido
de un dios vilipendiado que no olvida.

Los otros: los artífices, los zalameros,
los proxenetas del pensamiento
nos podemos retirar.
Nada sabemos.
Hemos perdido.

Para que en ti no oscurezca

Nos amamos al filo de un foso con leones,
porque amar es punible en estos días.
Pero aún somos tantos los insolentes equilibristas del sueño
y la dentellada de la vida tanto ha menoscabado
que todo lo vale el morir por la rendición de un instante
perdurable en la mirada del otro,
el otro donde somos cuando a una voz decimos noche
y el extravío se puebla de estrellas,
cuando ateridos nombramos la piel del deseo
y una brisa tibia nos envuelve y colma con ternura.

La serenidad de los astros también sabe del temor al vacío,
pero su luz respira con denuedo,
porque no hay otra certeza que continuar amando
la oscuridad y su insalvable herida,
la vida y sus famélicas fieras de lumbre.

Por eso hechizo a las bestias
con el hipnótico goteo de mi sangre,
para ahuyentar su rugido, para que a ti
no te rocen sus flamígeras pupilas
y persista el diapasón del manantial que tu corazón contiene.

Porque tu palabra es credo posible entre estos tiempos de
[usura
y aún falta tanto por descubrir tras la apacible bravura de
[tus ojos,
bajo los enigmas de tu piel, en la violenta cabriola de tu
[sexo,
que gozosa, después del bien de amarte, me inmolaría,

avivaría el cirio de mi alma hasta consumirme en cenizas,
para que tu carne no sea presa de los emisarios del dolor,
y, en cambio, se pronuncie diáspora ascendente de
[luminoso polen,
pira de dulcísimos cantos en medio de la tiniebla.

Para que en ti no oscurezca,
para que el mal tiempo no combe tu esperanza...

Exilios

A veces me dan ganas de llorar,
pero las suple el mar.

JOSÉ GOROSTIZA

Temo la nostalgia de tu mar,
pero de tan necesaria la invoco
para recorrerme en ti,
para reinventar la espiral de nuestros cuerpos
en el sugestivo ondular de la serpiente
que nos reveló la mortalidad del paraíso.

Inútil arraigarse a la memoria de lo perdido después.

Seguimos solos, como en el Principio,
pero robamos en su momento inoportuno
la rebeldía de un instante eterno
al dios del orden común.

Ofrenda

Deseo es tu nombre en mis labios,
suave desmesura que los abre
en un ritual de ungida fe.

Lúbrica voltereta persigue mi lengua,
y es apenas brasa del comienzo
el desenlace febril de mi plegaria.

Dentro, un incendio avanza en oleajes,
el cuerpo todo te nombra,
la sombra misma es eco.

¡Cómo me embriago de ti entonces!
Sangro el silencio,
pero mi voz es menos que la brisa,
y yo te sé montura del viento,
trueno en la memoria.

No queda sino ofrendarme
ante el oprobio de llamarte mío,
sin voluntad suficiente que me lo impida,
ajeno como me has sido dado.
Y que el Verbo haga lo propio.

Agua de todo mar, tu nombre

Agua de todo mar, tu nombre,
sonido de espuma
 reinventada por el viento
en cada boca adonde llegas,
apenas un instante.

Luego, el silencio de la arena
sumerge tu imagen de náufrago errante.
No eres más.

Tu nombre encalla en otra isla,
otro labio sediento lo repite.
Es otro tu destino,
la sal que te devora.

Nunca el mismo amaneces.
Tu cuerpo rendido se transfigura
feroz después de la tormenta.

De aquellas noches
encendidas en lo alto de la marea
no quedan rastros,
sólo el indolente azote
de la brisa salada
contra los ojos del recuerdo.

Lamento

Digo que no podré
remediar el mal de mi cuerpo:
balsa herida de sal
en medio del océano.

Digo que la memoria,
ese espejo quebrado
de imposibles virajes,
troqueló mi carne,

y que mi alma se extravió
en su corriente oscura,
donde la risa es eco
de indescifrables alaridos.

Digo que extravié el Nombre,
y sin su aliento nada soy.
Digo, y mi voz cargada de rocas
se anega entre las aguas.

Las razones del olvido

De entre la lluvia llegaré a ti
el último de tus días,
sin importar la ruta inclemente,
el peso de los alfileres sobre el cuerpo,
sólo para saber, que me cuentes,
por qué en tu ausencia
todo fue un transitar sin alma ni nombre,
la vida un naufragio continuo.

Y en esa hora incierta,
cuando todo descubra su rostro,
me habrás de mirar
como la vez primera;
habrás de explicarme
las razones de tu olvido;
recordarme dónde extraviarnos la ruta,
por dónde hallaremos destino.

Y tus palabras serán mi balsa,
mi guía, mi fe.
Y habré de seguirte.
Jurado está.

ELIANNE SANTIAGO. Estudió la licenciatura en Letras Latinoamericanas en la UAEM. Realizó estudios en la Escuela de Escritores SOGEM, Estado de México, y en la UNICENTRO, Paraná, Brasil, donde llevó a cabo cursos de perfeccionamiento de la lengua portuguesa. Se ha desenvuelto en el campo de la cátedra, de la corrección de estilo y en el ámbito editorial como coordinadora de la revista *Castálida*, del Instituto Mexiquense de Cultura. Ha sido alumna de los talleres de poesía dirigidos por Enriqueta Ochoa y Óscar Wong. Actualmente se desempeña como correctora de estilo para la revista *La Colmena*, de la UAEM; realiza estudios de psicología y una especialización en psicoanálisis.

